

Issoudun de su madre y de su hermano. En fin, los tres oficiales, únicos que estuviesen condecorados, llevándoles Felipe la ventaja de tener la rosa de oficial de la Legión de Honor, en tanto que los otros sólo eran caballeros, superioridad de mucho peso en provincia, se paseaban juntos á la misma hora, antes de la comida principal, haciendo, según expresión vulgar, *bando aparte*. Aquella actitud, aquella reserva, aquella tranquilidad, produjeron excelente efecto en Issoudun. Los partidarios de Max no vieron en Felipe sino al espadachin, al matón, al soldadote; valiente, sin duda, pero desprovisto de las capacidades exigidas para el mando.

« Es un hombre muy honorable, le decía á Max el doctor Goddet.

— ¡Bah! contestó el comandante Gilet, su conducta en la Cámara de los pares anuncia un majadero ó un soplón: es, como usted mismo dice, un instrumento de los conspiradores de punta. »

Una vez conseguido su empleo, Felipe, ya al tanto de los chismes del país, hizo porque ciertas cosas no fueran sabidas del vulgo; tomó, pues, habitación en una casa situada al final del arrabal Saint-Paterne, la cual daba á un gran jardín. Allí pudo, en el mayor secreto, ejercitarse en las armas con Carpentier, que había sido instructor en un regimiento de infantería antes de pasar á la guardia. Una vez recuperada su antigua superioridad, Felipe aprendió de Carpentier secretos que le permitieron no temer á un adversario, por maestro que fuera. Entonces se puso á tirar la pistola con Mignonnet y Carpentier, por distracción, decía él, pero, en realidad, para hacerle creer á Max que, en caso de duelo, con aquella arma contaba. Cuando Felipe se encontraba con Max, esperaba á que éste le saludase primero, á cuyo saludo contestaba alzando ligeramente el ala de su sombrero, como

un coronel que contesta al saludo de un recluta. Max no daba señal alguna de impaciencia ni de descontento; nunca se le escapó, sobre el particular, palabra alguna en casa de la Cognette, en donde seguía cenando; pues, desde la puñalada de Fario, las bromas pesadas habían sido provisionalmente suspendidas. Al cabo de cierto tiempo, el desprecio del teniente coronel Bridau por el comandante Gilet fué un hecho positivo que motivó conversaciones particulares de los caballeros de la Ociosidad, de aquellos que no eran tan íntimos de Max como Baruch, como Francisco, y tres ó cuatro más. Causó general extrañeza el ver tamaño reserva en el fogoso Max. Nadie en Issoudun, ni siquiera Potel ó Renard, se atrevía á tratar de tan delicado asunto con Gilet. Potel, muy disgustado de aquella enemistad pública entre dos valientes de la guardia imperial, presentaba á Max como muy capaz de imaginar alguna trampa en la que cayera el coronel. Según Potel, podían todos esperarse á algo nuevo, después de lo hecho por Max para echar á la madre y al hermano, pues ya no era un secreto para nadie la puñalada de Fario. No había dejado el señor Hochón de explicar á las más sesudas cabezas de la ciudad la astucia atroz de Gilet. Además, el señor Mouillerón, héroe de un chisme burgués, había revelado confidencialmente el nombre del asesino de Max, con objeto de indagar los motivos de la enemistad de Fario, para que estuviese en guardia la justicia en vista de futuros acontecimientos. De las conversaciones relativas á la situación de Felipe para con Max, y al tratar de adivinar qué brotaría de aquel antagonismo, la ciudad los dió, de antemano, como adversarios uno de otro. Felipe, que buscaba con solitud los detalles de la detención de su hermano, los antecedentes de Gilet y los de la Enturbidora, acabó por entrar en relaciones bastante íntimas con

Fario, su vecino. Después de haber estudiado bien al español, creyó Felipe poder fiarse de un hombre de semejante temple. Tan al unísono resultaba el odio de ambos, que Fario se puso á la disposición de Felipe contándole todo lo que sabía acerca de los caballeros de la Ociosidad. El coronel prometió á Fario que, caso de llegar á adquirir sobre su tío el ascendiente que ejercía Gilet, le indemnizaría de sus pérdidas, con lo cual tuvo en el español un amigo decidido. Tenía pues Max frente á él un enemigo temible. Animada por sus charlas, presentía la ciudad un combate entre aquellos personajes que se despreciaban mutuamente.

Hacia fines de Noviembre, una mañana, en la alameda de Frapesle, á eso de mediodía, Felipe, al encontrarse con el señor Hochón, le dijo :

« He descubierto que sus nietos de usted, Baruch y Francisco, son íntimos amigos de Max Gilet. Ambos toman parte en todas las fechorías nocturnas que se cometen en la ciudad; y por ellos ha sabido Max cuanto se decía y hacía en su casa de usted durante la estancia en ella de mi madre y de mi hermano.

— ¿Y cómo ha tenido usted la prueba de esos horrores ?

— Los he oído charlar, por la noche, al salir de la taberna donde se reúnen. Cada uno de sus dos nietos debe tres mil francos á Max. El miserable ha pedido á esas criaturas que traten de saber cuáles son nuestras intenciones; recordándoles que había usted imaginado acorralar á mi tío por medio de la gente de iglesia, les ha dicho que sólo usted era capaz de dirigirme, pues, felizmente, me toma por un matón.

— ¡Cómo, mis nietos?...

— Vigílelos usted, repuso Felipe, y los verá usted regresar á la plaza San Juan á eso de las dos ó las tres de la madrugada, ebrios como

tapones de vino de Champaña, y en compañía de Max...

— ¡Por eso son tan sobrios, los pillos! dijo Hochón.

— Fario me ha dado informes respecto de su existencia nocturna, repuso Felipe; pues, sin él, jamás la habría yo adivinado; mi tío gime bajo el peso de una opresión horrible, á juzgar por las pocas palabras que el español le ha oído á Max, dirigiéndose á sus nietos. Sospecho que Max y la Enturbiaadora han formado el proyecto de limpiar los cincuenta mil francos de renta sobre el Estado, y de irse á casar por ahí, después de haberle arrancado tamaña ala á su pichón. ¡Urge el saber lo que ocurre en casa de mi tío! pero no sé cómo dar con el medio.

— Lo pensaré, dijo el anciano. »

Felipe y Hochón se separaron al ver llegar gente.

Nunca, en ningún momento de su vida, sufrió tanto Rouget como desde la primera visita de su sobrino Felipe. Flora, espantada, tenía el presentimiento de que alguna desgracia amenazaba á Max. Harta de su amo, y temiendo que llegara á muy viejo, viéndole resistir tanto á sus criminales manejos, inventó el sencillísimo plan de marcharse y de ir á Paris para casarse con Max, después de haberse hecho entregar la inscripción de los cincuenta mil francos de renta sobre el Estado. El solterón, guiado, no por interés por sus herederos ni por avaricia personal, sino por su pasión, rehusaba darle á Flora la inscripción, objetando que era ella su única heredera. Sabía el desgraciado hasta qué punto amaba Flora á Max, y se veía abandonado tan pronto como fuera ella lo bastante rica para casarse. Al ver Flora que á pesar de los más tiernos mimos nada conseguía del viejo, acudió al rigor: ya no le hablaba á su amo,

dejaba que le sirviese la cocinera, quien se encontró una mañana al viejo con los ojos abrasados de haberse pasado la noche llorando. Desde hacía una semana, Rouget almorzaba solo, y de mala manera. Así es que al día siguiente de su conversación con Hochón, Felipe, que quiso hacerle una segunda visita á su tío, lo halló muy cambiado. No se apartó Flora del anciano, echándole miradas afectuosas, hablándole tiernamente, y tal traza se dió, que adivinó Felipe el peligro de la situación por tanta solicitud desplegada en su presencia. Gilet, cuya política consistía en evitar á Felipe, no se mostró.

Después de haber observado atentamente á Rouget y á Flora, juzgó el coronel necesario acudir á los grandes medios.

« Adiós, querido tío, dijo levantándose con gesto que anunciaba su intención de marcharse.

— ¡Oh! no te vayas todavía, exclamó el anciano, á quien aliviaba la falsa ternura de Flora. Come con nosotros, Felipe.

— Sí, con tal que venga usted á pasearse una hora conmigo.

— El señor está muy delicado, dijo la Enturbadora; hace poco ha rehusado salir en coche, añadió volviéndose hacia el viejo y mirándolo fijamente.

Felipe cogió á Flora por el brazo y la obligó á mirarle, mirándola él como acababa ella de mirar á su víctima.

« Diga, señorita, ¿acaso no tiene libertad mi tío para pasearse solo conmigo?

— Claro que sí, caballero, contestó Flora, que sólo aquello pudo contestar.

— Bien; pues, venga usted, tío... Vamos, señorita, déle su bastón y su sombrero...

— Pero es que no suele salir sin mí... ¿Verdad, señor?

— Sí, Felipe, sí, siempre necesito de ella...

— Mejor sería ir en coche, dijo Flora.

— Sí, vamos en coche, asintió el anciano, deseoso de dar satisfacción á sus dos tiranos.

— Tío, irá usted á pie y conmigo, ó no vuelvo más por aquí; pues entonces sería verdad lo que dicen en Issoudun: que está usted bajo la dominación de la señorita Flora Brazier... Que mi tío la quiera á usted, muy bien (y miraba á Flora como un domador mira á una fiera); que usted quiera á mi tío, no me parece mal. Pero que quiera usted meterse en el bolsillo á este buen hombre... ¡alto ahí! cuando quiere uno una herencia, menester es que la gane.

— ¿Viene usted, tío?... »

Vió entonces Felipe pintarse cruel duda en la cara del pobre imbécil, cuyas miradas iban de Flora á su sobrino.

« ¡Ah, esas tenemos! repuso el teniente coronel. Vaya, pues adiós, tío... Beso á usted la mano señorita. »

Se volvió vivamente ya que estuvo en la puerta, y de nuevo sorprendió un gesto de amenaza de Flora á su tío.

« Tío, dijo, si quiere usted venir á pasearse conmigo, le he de encontrar en su puerta; voy á hacerle al señor Hochón una visita de diez minutos... Si no nos paseamos, me encargo de enviar á paseo á mucha gente. »

Y atravesó Felipe la plaza San Juan, camino de casa de los Hochón.

Fácil es adivinar la escena que la revelación hecha por Felipe al señor Hochón había preparado en aquella familia. — A las nueve, el viejo señor Herón se presentó con cantidad de papeles y halló lumbre en la chimenea de la sala, cosa no acostum-

brada por Hochón. Vestida de calle á semejante hora, la anciana ocupaba su butaca al lado de la chimenea. Los dos nietos, prevenidos por Adolfin de la tormenta que les amenazaba, habían recibido orden de no salir. Llamados por Margarita, quedaron estupefactos ante el aspecto que ofrecía el salón, y más estupefactos al ver las caras de sus abuelos, las cuales denotaban ira y frialdad.

« No se levante usted por ellos, dijo el anciano al notario; son dos miserables indignos de perdón.

— ¡Oh, abuelo! exclamó Francisco.

— Cállese, repuso el solemne anciano, conozco vuestra vida nocturna y vuestra amistad con el señor Max Gilet; pero ya no iréis más á buscarlo á casa de la Cognette á la una de la mañana, porque no saldréis de aquí los dos sino para ir á vuestras ocupaciones respectivas. Ah! habéis arruinado á Fario! ¡Varias veces habéis estado á punto de ir á presidio!.....

Cállese usted, repitió al ver á Baruch con la boca abierta. Los dos deben ustedes dinero al señor Max, que desde hace seis años les da para sus vicios. Que cada uno escuche las cuentas de mi tutela, y después hablaremos. Ya verán ustedes luego, si pueden burlarse de mí, de la familia y de sus leyes, descubriendo los secretos de mi casa teniendo al corriente á ese señor Max Gilet de lo que se dice y se hace aquí... Por tres mil francos, se vuelven ustedes espías; por treinta mil, seguramente que asesinarían... Pero ¿no habéis ya casi matado á la señora de Bridau? El señor Gilet sabía muy bien que Fario le había dado la cuchillada, cuando echó la culpa de aquel asesinato á mi huésped José Bridau. Si ese racimo de horca ha cometido ese crimen, es por haber sabido por ustedes la intención de doña Ágata, de quedarse aquí. ¡Vosotros, mis nietos, los espías de seme-

jante hombre! ¡Vosotros ladronzuelos...! ¡No sabíais que vuestro digno jefe, al comienzo de su oficio, había ya matado, en 1806, á una pobre criaturita? Yo no quiero tener asesinos ó ladrones en mi familia, haced vuestros lios y marchaos enhoramala!

Los jóvenes se quedaron blancos é inmóviles cual estatuas de yeso.

— Lea usted, señor Herón, dijo el avaro al notario.

El anciano leyó una cuenta de tutela de donde resultaba que la fortuna clara y líquida de los dos jóvenes Borniche era de setenta mil francos, suma que representaba la dote de su madre; pero el señor Hochón había hecho prestar á su hija cantidades bastante crecidas, y se hallaba él, bajo el nombre de los prestamistas, dueño de una parte de la fortuna de sus nietos Borniche. La mitad correspondiente á Baruch se soldaba con veinte mil francos.

« Ya eres rico, dijo el viejo, toma tu fortuna y camina solo! Yo quedo dueño de dar mis bienes y los de mi mujer, que en este momento comparte mis ideas, á quien yo quiera, á nuestra querida Adolfin; sí, la casaremos con el hijo de un par de Francia, si queremos, porque ella tendrá todo nuestro capital.

— ¡Una hermosa fortuna! dijo el señor Herón.

— El señor Max Gilet os indemnizará... dijo la señora de Hochón.

— Junte usted dinero para semejantes pilletes...! exclamó el señor Hochón.

— Perdón! dijo Baruch balbuceando.

— *Perdón y no lo haré más!* repitió zumbonamente el viejo imitando la voz de los niños. Si yo os perdono, iréis á prevenir el señor Max de lo que os sucede, para que se ponga en guardia... No no, señoritos míos. Yo tengo medios de saber

cómo os conduciréis. Como ustedes hagan, haré yo. Y no será por la buena conducta de un día ni de la de un mes por la que yo os juzgaré, sino por la de muchos años. Yo estoy listo y fuerte, tengo buena salud y espero vivir todavía bastante para saber qué camino tomáis.... Y, por lo pronto, usted, señor capitalista, irá á París á estudiar la banca en casa del señor Mongenod. ¡Ay de usted si no camina derecho! se le vigilará. Sus fondos están en casa de los Sres. Mongenod é hijo; he aquí á favor de ellos un vale de igual suma. Por consiguiente, descárgueme firmando su cuenta de tutela que termina por un finiquito, dijo tomando la cuanta de manos de Herón y tendiéndola á Baruch.

— En cuanto á usted, Francisco Hochón, usted me debe dinero en vez de tener que tomar alguno, dijo el viejo mirando á su otro nieto. Señor Herón, léale usted su cuenta, es clara... muy clara...

La lectura se hizo en medio de un profundo silencio.

— Usted ira, con seiscientos francos al año, á Poitiers, á estudiar leyes dijo el abuelo cuando el notario hubo terminado. Yo le preparaba una hermosa existencia; ahora, es menester que se haga usted abogado para ganar su vida... ¡Ah! pilletes, me habéis engañado durante seis años! Sabed que una hora me bastaba á mi para echaros el guante.

En el momento en que el viejo señor Hochón salía llevando las actas firmadas, Margarita anunció al coronel Felipe Bridau. La señora de Hochón salió llevándose á sus dos nietos á su cuarto para confesarlos, según dicho del viejo Hochón, y saber qué efecto había producido en ellos esta escena.

Felipe y el viejo se pusieron en el hueco de una ventana y hablaron en voz baja.

« He reflexionado acerca de los asuntos de usted, dijo el señor Hochón señalando la casa Rou-

get. Acabo de hablar de ellos con el señor Herón. La inscripción de cincuenta mil francos de renta no puede venderse sino por el mismo titular ó por un mandatario. Ahora bien, desde su estancia de usted aquí, su tío de usted no ha firmado ninguna procuración en el bufete de ningún procurador; y como no ha salido de Issoudun, no ha podido firmar alguna en otra parte. Si él da una procuración aquí, nosotros lo sabremos en seguida; si la da en otra parte, lo mismo lo sabremos, porque es menester registrarla, y el digno señor Herón tiene medios de ser avisado. De modo, pues, que si sale de Issoudun nuestro individuo, hágalo usted seguir, sepa á dónde va, y encontraremos los medios de saber lo que haya hecho.

— La procuración no ha sido dada, dijo Felipe; quieren que la dé; pero yo espero poder impedir que se dé; y-no-se-da-rá! exclamó el soldadote viendo á su tío en el umbral de la puerta y mostrándole al señor Hochón, á quien explicó sucintamente los acontecimientos, tan pequeños y al mismo tiempo tan grandes, que motivaron su visita.

— Max me tiene miedo, pero no puede sustraerse á mi presencia. Mignonnet me ha dicho que todos los oficiales del ejército de Napoleón festejaban, todos los años, en Issoudun, el aniversario de la coronación del emperador; pues bien dentro de dos dias, Max y yo nos veremos.

— Si tiene la procuración el primero de Diciembre por la mañana, se marchará á París y dejará muy tranquilamente el aniversario...

— ¡Bueno! se trata de encerrar á mi tío; pero tengo esa mirada que acobarda á los imbéciles, dijo Felipe haciendo temblar al señor Hochón con una mirada terrible.

— Si lo dejan pasearse con usted, será señal de que Max habrá, sin duda, descubierto un medio de ganar la partida, hizo observar el viejo avaro.

— ¡Oh! Fario vela, explicó Felipe, y no vela solo. Ese español ha descubierto en los alrededores de Vatán á uno de mis antiguos soldados á quien yo he favorecido. Sin sospecharlo nadie, Benjamin Bourdet está á las órdenes de mi español, el cual, á su vez, ha puesto uno de sus caballos á la disposición de Benjamin.

— Si mata usted á ese monstruo que me ha pervertido á mis nietos, ciertamente hará usted una buena acción.

— Merced á mi, todo el mundo sabe hoy en Issoudun lo que Max ha hecho, todas las noches, desde hace seis años, contestó Felipe. Y los chismes, según usted dice, menudean á costa suya. Moralmente, está perdido!...

No bien hubo salido Felipe de casa de su tío, cuando entró Flora en la habitación de Max para contarle en todos sus detalles la visita que acababa de hacer el audaz sobrino.

« ¿Qué hacer? dijo ella.

— Antes de llevar los cosas al último extremo, que será batirme con ese cadáver, repondió Max, es menester jugar el todo por el todo intentando un golpe supremo. Deja á nuestro imbécil con su sobrino!

— Pero ese individuo no se anda con chiquitas, exclamó Flora, y le hablará claro al viejo.

— Escúchame, pues, dijo Max con voz estridente. ¿Crees tú que no he escuchado á la puerta y no he reflexionado sobre nuestra posición? Pide un caballo y un carricoche al tío Cognet, en seguida, todo debe estar listo en cinco minutos; mete dentro todas tus cosas, llévate á la Vedie y corre á Vatán, instálate como una mujer que se va á vivir allí, coge veinte mil francos que hay en su escritorio. Si yo te llevo el buen hombre á Vatán, tú no consentirás en volver aquí sino una vez firmada la procuración. Yo me largaré á Paris mientras us-

tedes vuelven á Issoudun. Cuando á la vuelta de su paseo no te encuentre ya aquí Juan Jacobo, perderá la cabeza y querrá ir á donde tú estés... Yo me encargo entonces de hablarle...

Durante este complot, Felipe llevaba á su tío del brazo, á pasearse con él por el bulevar Barón.

— Hé ahí dos grandes políticos en lucha, dijo el viejo Hochón siguiendo con la mirada al coronel que sostenía á su tío. Tengo curiosidad por ver el fin de esta partida cuya apuesta consiste en noventa mil francos de renta.

— Querido tío, dijo al señor Rouget Felipe, cuya fraseología denotaba sus relaciones de Paris, usted ama á esa joven, y tiene usted mucha razón, pues es verdaderamente hermosa! En vez de mimarle á usted, le ha tratado como á un lacayo, bien claro se ha visto; ella quisiera verle á usted enterrado, á fin de casarse con Max, á quien adora...

— Si, yo sé todo eso, Felipe, y sin embargo la quiero.

— Pues bien, por las entrañas de mi madre, que es verdaderamente hermana de usted, replicó Felipe, he jurado poner á la Enturbiadora suave como un guante, y tal como debía de estar antes de que ese granuja, indigno de haber servido en la guardia imperial, viniera á meterse en casa de usted....

— ¡Oh! si tú hicieras eso!... dijo el anciano.

— Es muy sencillo, repuso Felipe cortándole la palabra á su tío, mataré á Max como á un perro... Pero... con una condición, dijo el soldadote.

— ¿Cuál? preguntó el viejo Rouget mirando á su sobrino con aire atontado.

— No firme usted la procuración que le piden, antes del 3 de Diciembre, tire usted hasta ese día. Esos dos desalmados quieren el necesario permiso

para vender sus cincuenta mil francos de renta, únicamente para irse á casar á Paris, y divertirse allí con el millón de usted...

Eso me temo, respondió Rouget.

— Pues bien, háganle lo que le hagan, dígame, que no les dará la procuración hasta la semana que viene.

— Si; pero, cuando Flora me habla, me revuelve el alma hasta hacerme perder la razón. Sin ir más lejos, cuando me mira de cierta manera, sus ojos azules me parecen el paraíso, y ya no soy dueño de mí, sobre todo cuando hace muchos días que está dura conmigo.

— Bueno, pues si ella se pone melosa, contentese usted con prometerle la procuración, y prevéngame la vispera de la firma. Esto bastará: Max no será su mandatario, ó me habrá matado. Si yo le mató, usted me tomará en su casa en el lugar de él, y yo haré entonces que esa linda joven ande derecha. ¡ Si, Flora le amará á usted, ¡ ira de Dios! ó si no está contento de ella yo la fustigaré.

— ¡ Oh! yo no podría sufrir eso. Un golpe dado á Flora me mataría.

— Y sin embargo, esa es la única manera de gobernar á las mujeres y á los caballos. Un hombre se hace así temer, amar y respetar. Esto es lo que yo quería decirle á usted al oído.

— Buenos días, señores, dijo Felipe á Mignonnet y á Carpentier; estoy paseando á mi tío, como ustedes ven, y trato de educarlo; pues estamos en un siglo en que los jóvenes tienen que educar á las personas mayores.

Se saludaron respectivamente.

— Ustedes ven en mi querido tío los efectos de una pasión desdichada, repuso el coronel. Quieren despojarle de su fortuna; ustedes saben á quiénes me refero. El buen hombre no ignora el complot,

y no se encuentra con fuerzas para desenredarlo.

Felipe explicó claramente la situación en que se encontraba su tío.

— Señores, dijo para terminar. ustedes ven que no hay más que una manera de salvar á mi tío: es necesario que el coronel Bridau mate al comandante Gilet ó que el comandante Gilet mate al coronel Bridau. Celebramos la coronación del emperador pasado mañana; cuento con ustedes para arreglar los sitios en el banquete, de manera que yo esté enfrente del comandante Gilet. Y espero que me harán ustedes el honor de ser mis padrinos.

— Nombremos á usted presidente, y estaremos á su lado; Max, como vice-presidente, estará enfrente, dijo Mignonnet.

— ¡ Oh! ese tuno tendrá á favor suyo al comandante Potel y al capitán Renard, dijo Carpentier. A pesar de lo que en la ciudad se dice respecto de sus correrías nocturnas, esos dos caballos han sido ya padrinos suyos, y le serán fieles...

— Ya ve usted, tío, dijo Felipe, cómo se está cuajando el asunto; así es que no firme usted nada antes del 3 de Diciembre, porque al día siguiente estará usted libre, será dichoso, amado de Flora, y sin su corte de ayudantes.

— No los conoces, sobrino mío, dijo con terror el anciano. Max ha matado á nueve hombres en duelo.

— Si, pero no se trataba de cien mil francos de renta que robar, respondió Felipe.

— Una mala conciencia entorpece la mano, dijo sentenciosamente Mignonnet.

— De aquí á algunos días, repuso Felipe, usted y la Enturbiadora vivirán felices, una vez terminado el luto; porque ella se retorcerá como un gusano, chillará, se deshará en lágrimas; pero... deje correr el agua!

Los dos militares apoyaron la argumentación de Felipe y se esforzaron en dar ánimo al señor Rouget, con el cual se pasearon próximamente dos horas. En fin, Felipe acompañó a su tío hasta su casa, y le dijo como última palabra :

— No tome usted ninguna determinación sin avisarme. Yo conozco á las mujeres, una de ellas me ha costado más que Flora podrá costarle!... Así es que ella me ha enseñado cómo he de tratar al bello sexo en lo que me quede de vida. Las mujeres son como niños traviesos, son animales inferiores al hombre, y es preciso inspirarles temor, porque la peor condición para nosotros es la de ser gobernados por esas bestias.

Eran próximamente las dos de la tarde, cuando el pobre hombre volvió á su casa. Kruski vino á abrir la puerta llorando, ó al menos, según las órdenes de Max, parecía que lloraba.

— ¿Qué hay? preguntó Juan Jacobo.

— ¡Ay! señor, la señora se ha marchado con la Vedie!

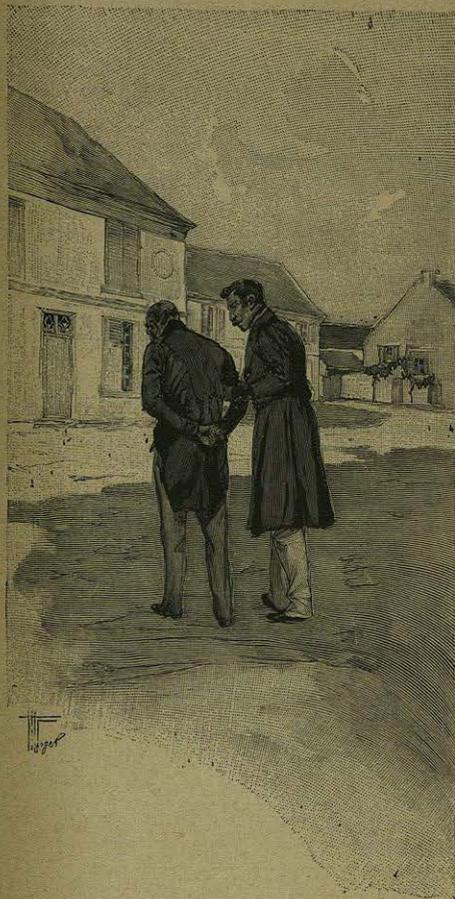
— ¿Ma... archado? dijo el anciano con voz entrecortada.

El golpe fué tan violento, que Rouget se sentó sobre un peldaño de la escalera. Un momento después se levantó, miró en la sala, en la cocina, subió á su cuarto de dormir, fué por todas las habitaciones, volvió á la sala, se echó en una butaca y se puso á llorar sin consuelo.

— ¿Dónde está? gritaba sollozando. ¿Dónde está? ¿Dónde está Max?

— Yo no sé, contestó Kuski, el comandante ha salido sin decirme nada.

Gilet, cual hábil político, había creído conveniente ir á pasearse por la ciudad. Dejando al anciano entregado á su desesperación, le hacía sentir su abandono y por ese medio lo volvía dócil á sus consejos. Pero, para impedir que Felipe



acompañara a su tío en esta crisis, Max había recomendado a Kuski que no abriera la puerta a nadie. La ausencia de Flora dejaba al anciano sin sujeción y sin guía, y la situación se hacía entonces excesivamente crítica.

Durante su vuelta por la ciudad, Max Gilet fué dado de lado por muchas personas que la víspera se hubieran apresurado a venir a estrecharle la mano. Una reacción general se efectuaba contra él.

Las proezas de los caballeros de la Ociosidad ocupaban todas las lenguas. El asunto de la detención de José Bridau, ya puesto en claro, deshonraba a Max, cuya vida y obras recibían, en un día, todo su merecido. Gilet halló al comandante Potel, que le buscaba, y al que vió fuera de sí.

— ¿Qué tienes, Potel?

— Querido, la guardia imperial está mal vista. Los paisanos te fastidian, lo cual, de rechazo, me llega a los más vivo.

— ¿De qué se quejan? dijo Max.

— De lo que tú les hacías por las noches.

— ¡Como si no pudiera uno divertirse un poco!...

— Esto no es nada, dijo Potel.

Potel pertenecía a ese género de oficiales que respondían a un burgomaestre: « Ya le pagaremos a usted su ciudad, si la quemamos ». Así es que no se preocupaba mucho de las farsas de la Ociosidad.

— ¿Y qué más? dijo Gilet.

— La guardia está contra la guardia, eso es lo que me parte el corazón. Bridau es quien ha desencadenado a todos esos burgueses contra tí. ¡La guardia contra la guardia!... eso sí que no está bien. No puedes echarte atrás, Max, y es necesario ponerse frente a frente con Bridau. Mira, yo tenía ganas de buscarle las cosquillas a ese

canalla y de tumbarlo; porque entonces los burgueses no hubieran visto á la guardia contra la guardia. En la guerra, no digo que no : dos valientes de la guardia tienen un disgusto, se baten y no hay paisanos para burlarse de ellos. No, ese gran tuno no ha servido nunca en la guardia. Un hombre de la guardia no debe conducirse así, delante de burgueses, contra otro hombre de la guardia. ¡ Ah! la guardia está aburrida, y en Issoudun más todavía, en donde era respetada!...

— Vamos, Potel, no te inquietes por nada, respondió Max. Aunque no me vieras en el banquete del aniversario....

— ¿ No estarás en casa de Lacroix pasado mañana? exclamó Potel interrumpiendo á su amigo. ¿ Pero tú quieres entonces pasar por un cobarde, parecer que huyes de Bridau? ¡ No, no! Los granaderos de á pie de la guardia no deben retroceder ante los dragones de la guardia. Arregla tus asuntos de otra manera y está allí...

— Otro más á quien hay que escabechar, dijo Max. Vaya, creo que puedo ir sin desatender mis asuntos. Porque, se dijo á sí mismo, es preciso que la procuración no esté á mi nombre. Según ha dicho el viejo Herón se parecería eso demasiado á un robo.

Aquel león, enredado en las redes urdidas por Felipe Bridau, rugió entre dientes; evitó las miradas de todos aquellos á quienes encontraba y volvió por el bulevar Vilatte hablándose á sí mismo : « Antes de batirme, tendré en mi poder las rentas, se decía. Si muero, al menos el registró de dicha renta no será para ese Felipe; la habré hecho poner á nombre de Flora. Según mis instrucciones, la joven irá derecha á Paris, y podrá, si quiere, casarse con el hijo de cualquier mariscal del Imperio sin empleo. Haré dar la procuración

á nombre de Baruch, el cual no trasferirá el registro sin mi permiso ».

Justo es decir que Max no estaba nunca más tranquilo, en apariencia, que cuando su sangre y sus ideas hervían. Así es que nunca se vieron en un militar reunidas en más alto grado las cualidades que hacen al gran general. Si no hubiera sido paralizado en su carrera por el cautiverio, ciertamente el emperador hubiera tenido en este joven á uno de esos hombres tan necesarios en las grandes empresas.

Al entrar en la sala donde seguía llorando la víctima de todas estas escenas, á la vez cómicas y trágicas, Max preguntó la causa de tal desolación : aparentó extrañeza, no sabía nada; supo con sorpresa bien fingida, la ida de Flora; preguntó á Kuski para tener alguna luz sobre el objeto de aquel viaje inexplicable.

— La señora me ha dicho, dijo Kuski, que dijera al señor que ella había tomado del escritorio los veinte mil francos en oro que allí estaban, pensando que el señor no le rehusaría esta suma por su salario de veintidós años.

— ¿ Su salario? dijo Rouget.

— Sí, replicó Kuski. « ¡ Ah, no volveré más! iba diciendo á la Vedie (porque la pobre Vedie, que es tan fiel al señor, hacía reflexiones á la señora). No, no, decía, no tiene el menor afecto para mí, ha dejado que su sobrino me trate como una á cualquiera. « Y lloraba á lágrima viva.

— Bastante cosa me importa á mi Felipe, exclamó el anciano, á quien Max observaba. ¿ Dónde está Flora? ¿ Cómo se puede saber dónde está?

— Felipe, de quien usted sigue los consejos, le ayudará, respondió fríamente Max.

— ¡ Felipe! dijo el anciano ¿ qué puede sobre esa pobre niña?... Sólo tú, mi buen Max, sabrás dar con Flora, ella te seguirá, tú me la devolverás...

— No quiero enemistarme con el señor Bridau, dijo Max.

— Si no es más que eso lo que te estorba... me ha prometido matarte...

— ¡ Ah! exclamó Gilet riendo, ya veremos.

— Amigo mío, dijo el viejo, encuen'ra á Flora, y dile que yo haré todo lo que ella quiera...

— Alguien habrá que la haya visto pasar por alguna paste en la población, dijo Max á Kuski; danos de comer, pon todo en la mesa y ve á informarte por todas pastes á fin de poder decirnos á los postres qué camino ha tomado la señorita Brazier.

Esta orden calmó por un momento al pobre hombre, que gemía como un niño que ha perdido á su niñera. En aquel momento, Max, á quien Rouget detestaba como causante de todas sus desdichas, le parecía un ángel. Una pasión como la de Rouget por Flora resulta cosa infantil. Á las seis, el polaco, que no había hecho simplemente más que paseare, volvió y anunció que la Enturbidadora había tomado el camino de Vatán.

— La señora se vuelve á su país, es evidente, dijo Kuski.

— ¿ Quiere usted ir esta noche á Vatán? dijo Max al anciano. El camino es malo, pero Kuski sabe guiar, y más fácil le será á usted hacer las paces con Flora esta noche á las ocho que mañana por la mañana.

— Vámonos, exclamó Rouget.

— Engancha sin hacer ruido el caballo y haz que nadie sepa nada de estas cosas, por el buen nombre del señor Rouget. Ensilla mi caballo, yo iré delante, dijole Max al oído á Kuski.

— El señor Hochón había ya hecho saber la desaparición de la señorita Brazier á Felipe Bridau, quien se levantó de la mesa en casa de Mignonnet para ir en seguida á la plaza San Juan; porque adivinó perfectamente el objeto de aquella hábil

estratagema. Cuando Felipe se presentó en casa de su tío, Kuski le contestó, por una ventana del primer piso, que el señor Rouget no podía recibir á nadie.

— Fario, dijo Felipe al español, que se paseaba por la Narette Mayor, ve á decir á Benjamin que monte á caballo; es urgentísimo que yo sepa lo que van á hacer mi tío y Max.

— Están enganchando el caballo á la berlina, dijo Fario, que vigilaba la casa de Rouget.

— Si van á Vatán, contestó Felipe, búscame otro caballo y vuelve con Benjamin á casa de Mignonnet.

— ¿ Qué piensa usted hacer? dijo el señor Hochón, que salía de su casa al ver á Felipe y á Fario en la plaza.

— El talento de un general, querido señor Hochón, consiste, no solamente en observar los movimientos del enemigo, sino en adivinar sus intenciones por sus movimientos y en modificar su plan á medida que el enemigo le estorba por una marcha imprevista. Por ejemplo, si mi tío y Max salen juntos en la berlina, van á Vatán; Max le ha prometido reconciliarlo con Flora. Si esto sucede así, no sé lo que haré; pero tengo toda la noche por mía, porque mi tío no firmará procuración alguna á las diez de la noche, por estar acostados los notarios. Si, como la impaciencia del otro caballo me lo anuncia, Max va á dar instrucciones á Flora adelantándose á mi tío, cosa que parece necesaria, y verosímil, el pillo está perdido. Va usted á ver cómo tomamos un desquite en el juego de la sucesión, nosotros los viejos soldados!... Y como para este último golpe de la partida me hace falta un ayudante, vuelvo á casa de Mignonnet para entenderme con mi amigo Carpentier.

Después de haberle estrechado la mano al señor

Hochón, Felipe baó la Narette Chica para ir á casa del comandante Mignonnet. Diez minutos después, el señor Hochón vio salir á Max al trote largo, y su curiosidad de viejo resultó tan excitada que quedó de pie en la ventana de la sala, esperando el ruido del coche, que no se hizo esperar. La impaciencia de Juan Jacobo le hizo seguir á Max á veinte minutos de distancia.

Kuski, sin duda por orden de su verdadero amo, iba al paso, al menos por la ciudad.

« Si se van á París, todo está perdido, dijo el señor Hochón. »

En aquel momento, un jovenzuelo del barrio de Roma llegó á casa de Hochón : llevaba una carta para Baruch. Los dos nietos del viejo, avergonzados desde por la mañana, se habian quedado por voluntad propia en casa de su abuelo. Reflexionando sobre su porvenir, habian comprendido que no debian disgustar en nada á sus abuelos. No ignoraba Baruch la influencia que ejercia su abuelo Hochón sobre sus abuelos Borniche; Hochón no dejaría de mejorar á Adolfiná de todo el capital de los Borniche, si su conducta le autorizaba á ello, casándose la joven con quien se tenia proyectado. Más rico que Francisco, Baruch tenia mucho que perder; así es que se sometió por completo, sin más condiciones que el pago de las deudas contraídas con Max. En cuanto á Francisco, su porvenir estaba en manos de su abuelo; sólo de éste esperaba herencia, puesto que, según las cuentas de tutela, él le era deudor. Solemnes promesas hicieron entonces los dos jóvenes, cuyo arrepentimiento fué estimulado por el peligro que corrian sus intereses, y la señora de Hochón les tranquilizó sobre las deudas contraídas con Max.

« Habéis hecho muchas majaderías, les dijo, reparadlas por una conducta irreprochable, y el señor Hochón se apaciguará. »

Así es que, cuando Francisco hubo leído la carta por encima del hombro de Baruch, le dijo al oído:

« Pide consejo al abuelo. »

— Mire usted, dijo Baruch llevándole la carta al anciano.

— Léemela, que no tengo mis gafas :

« Querido amigo : Espero que no dudarás, en las circunstancias graves en que me encuentro, en hacerme un favor, aceptando ser el apoderado del señor Rouget. Así es que, hállate en Vatán mañana á las nueve. Te enviaré sin duda á París; pero está tranquilo, te daré dinero para el viaje y pronto iré á reunirme contigo, porque estoy casi seguro de tener que dejar á Issoudun el 3 de Diciembre. »

Adiós; cuento con tu amistad. Cuenta tú con la de tu amigo.

MAX. »

— ¡Loado sea Dios! dijo el señor Hochón, la sucesión de ese imbécil está salvada de las garras de esos diablos.

— Así será si usted lo dice, dijo la señora de Hochón, y doy gracias á Dios, que acaso ha oído mis súplicas. El triunfo de los malos es poco duradero.

— Usted irá á Vatán, y aceptará la procuración del señor Rouget, dijo el anciano á Baruch. Se trata de poner cincuenta mil francos de renta á nombre de la señorita Brazier. Saldrá usted, en efecto, para París; pero estará usted en Orléans en espera de órdenes mías. No haga saber á nadie, sea quien sea, en dónde se hospedaré, y hospédese en la última de las posadas del barrio Bannier, aunque sea una posada de arrieros.

— ¡Vaya! exclamó Francisco, á quien el ruido de un coche por la Narette Mayor habia hecho